



Ventanas indiscretas

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

www.juancarlosfernandez.es

Es más que posible que una de las revoluciones más profundas, influyentes y con vocación de ser duraderas de la historia sea la de la informática. Hemos pasado de andar con el lápiz en la oreja a despachar complejísimo procesos de todo tipo en décimas de segundo gracias a las computadoras, esos aparatos incomprensibles que, como bien decía Julián Marías, significan la liberación del pensamiento que no es pensamiento. Es decir, herramientas que nos eximen de la atención a lo rutinario para permitirnos utilizar el intelecto en otros menesteres, en principio y sobre el papel más provechosos. No es mala esta teoría, lo que ocurre es que a veces la herramienta se convierte en un fin en sí misma, y entonces no liberamos el pensamiento, sino que deviene en una pulsión que obliga a enredar en los intrínquilos físicos y virtuales. Hablando en plata: hay a quien le priva el chisme y sus accesorios, más que su empleo para cuanto le es necesario.

Dentro de esa revolución de los microchips, los sistemas operativos y demás virguerías electrónicas, hay otra que ha venido a modificar no sé cuántos esquemas de comportamiento. Es el formidable invento del Internet que, en poco más de una década, se ha infiltrado de tal modo en la vida pública y privada que hoy no se puede imaginar un día sin las conexiones globales. A estas alturas, el bueno de don Miguel de Unamuno, que decía que las máquinas van más de prisa que nuestro organismo, y que la atención que algunas exigen para su manejo exceden la capacidad de nuestro sistema nervioso, andaría mesándose las barbas. Porque ya no es que el Internet supere nuestra capacidad de asombro y de asimilación, es que por entre sus líneas circula tanta información, que en ocasiones nos exprime el seso, nos confunde, nos ningunea y, lo más peligroso, nos engancha a la confusión y a la mentira. Uno, que usa a diario y con profusión tan exuberante medio, ha llegado a la conclusión de que hay que transitar por la red con pies de plomo, porque se puede caer con facilidad en todo eso. Hay que aguzar el sentido crítico y, sobre todo, conviene no perder de vista que el conocimiento está también en otros sitios, bien acreditados y contrastados. No todo se puede fiar al Internet, medio en el que cualquiera puede subir una majadería, y elevarla a la categoría de dogma.

Me llama la atención muy especialmente la cosa esa de las denominadas “redes sociales”. No me he atrevido, ni creo que me atreva a corto plazo, a ingresar en esos clubes, en los que lo mismo pía uno al minuto su vida (¡qué tostón!), o se forman comunidades de gentes, es de suponer que con los mismos

intereses, que en muchos casos acaban de tomar juntos una copa y en cuanto llegan a casa se dedican a enviarse fotos y comentarios que después quedarán al alcance de cualquiera. De vez en cuando me expiden mensajes al correo electrónico que dicen que fulano quiere ser amigo mío: en el *Féisbuc*, o en otros sitios similares, claro, es lo que se lleva. Y digo yo que podemos ser amigos en la taberna habitual, o en la plaza de España, o donde sea. Y que no tienen por qué aparecer las fotos de nuestra cena del jueves pasado en la red, porque los comensales las podemos ver físicamente, y porque a nadie le va ni le viene vernos cantando *Asturias*, patria querida... Claro, quizá lo que ocurra es que no entiendo de qué va la cosa. Bueno, pues sea por miedo, por ignorancia o simplemente porque no me da la gana, no me veo en las redes sociales, que me parece que tienen mucho de exhibicionismo gratuito. Un servidor, para comunicarse, ya lo hace personalmente o por teléfono, y por el utilísimo correo electrónico, sencillo de manejar y gratuito. Y para expresar mis ideas utilizo un blog y una humilde página web. Insisto: para opinar, no para recorrer visillos de indiscretísimas ventanas, que con frecuencia convierten el maravilloso invento de la red global en un descomunal patio de vecindad, donde se entremezclan los chinchorreros con los buenos vecinos que sólo echan el rato. Y no digo nada de los camanduleros que aprovechan el anonimato (no se confíen demasiado, todo en Internet deja pistas) para la descalificación soez, para el insulto y para el denuesto gratuito, si es posible bien aderezados con patadas en el estómago de la ortografía, de la sintaxis y del buen gusto. A veces, algunos sitios no pasan de la categoría de puertas de urinarios de gasolineras de tercera.

En fin, felizmente Internet no es sólo eso. Es, además, una fuente de conocimiento colosal, alojada en sitios serios y respetables. Democratiza la vida ciudadana, al permitir expresarse a quienes habitualmente no disponen de la posibilidad de hacerlo en los medios escritos. Simplifica tareas burocráticas y de relación económica... Es, en definitiva, un invento pistonudo, a pesar de pejiugeras y abusones.

A veces comento con conocidos cómo pudieron apañárselas los genios de la Antigüedad, cómo los sabios de hace un siglo, sin la informática y sus ventajas. Si a don Gregorio Marañón, a Menéndez Pidal o a Ramón y Cajal les hubiesen puesto una computadora con Internet, su talento se habría centuplicado. Ojo, el talento que ya disfrutaban, que no porque uno tenga un magnífico equipo y una buena conexión, tiene nada garantizado. Es decir, la herramienta sirve de palanca, pero, por sí sola, nada de nada.